

# El niño perdido y hallado en el templo de la calle 46

*The Child Lost and Found in the Temple on 46th Street*

**Marithelma COSTA**

Hunter College, City University of New York  
marithelma@earthlink.net

Una de las preguntas que quizás Uds. se hayan hecho es cómo logra Dionisio Cañas publicar poesía urbana y rural, hacer vídeopoemas, vídeohaikus y *performances*, estudiar a los poetas hispanos de NY, averiguar si un ordenador puede escribir o no poemas de amor, denunciar la horrorosa reacción de Europa ante la crisis de los refugiados y, más recientemente, escribir sobre filosofía sufí, erotismo y el yo.

Son muchos los temas en una sola persona, un yo poliédrico que me recuerda al Misterio de la Santísima Trinidad, pero multiplicado por diez. Por ello, me propongo compartir con Uds. un episodio de su vida que quizás solo Orlando José Hernández conoce. Se trata del capítulo del niño perdido y hallado en el templo del *after hours* –o bar que nunca cierra– de la calle 46. Al recordararlo, surge algo de nostalgia por el papel que tuvo en la historia nuestro amigo José Olivio Jiménez. Pero de todas formas se lo cuento, porque me parece clave para comprender la actitud vital que incide en su trayectoria intelectual.

Voy al grano. Serían los años 90, salíamos de una actividad con poetas y compañeros de estudios —probablemente en la universidad— y tras picar algo en el acto —nunca se comía pero sí se bebía mucho—, fuimos a un bar y luego pasamos a otro. Cuando este estaba por cerrar, terminamos en un *after hours* de la calle 46 que él conocía, donde las cervezas aun se podían pagar, pues los precios no eran para turistas.

Hay que recordar que en esos años se vivió un cambio radical en el corazón de Manhattan. La empresa de entretenimiento de Walt Disney compró una manzana entera de la calle 42, esa que aparece en las películas clásicas. Y demolió sus edificios. El botín se extendía desde la Séptima a la Octava avenida y de las calles 41 a la 42. Frente a la lentitud que caracteriza los trabajos, por ejemplo, en el *subway* de la ciudad, aquello fue una operación relámpago. Y de la noche a la mañana, de aquel agujero apocalíptico que recordaba una ciudad bombardeada, surgió lo que tenemos hoy: la Disneylandia de NY. Entonces hubo mucha discusión y disidencia que, claro está, ya no se encuentra con facilidad en la red. Pones el tema en el buscador de Google y solo salen tiendas de Disney, parques de Disney, vacaciones de Disney... y la descripción del *New York Times*: «From filthy to family friendly», de ser una cochinada a estar enfocada en las familias respetables que frecuentan los un parques temáticos, y cuyo lema es el compro, luego existo.

Aquel día, la transmutación de Times Square aun no se había extendido hasta la calle 46, sobre todo a la altura de la Novena avenida, que casi linda con el río Hudson, su frontera natural, y los bares se podían visitar.

Yo adoraba al grupo de amigos que giraba en torno a Dionisio, pero había una circunstancia que me impedía acompañarlos a menudo. Aun no existían leyes antitabaco y todos fumaban

como chimeneas. Soy asmática y las nubes de humo que, como incienso, los rodeaban significaban para mí bronquitis segura.

De todas formas, como aquella noche era especial, hice un esfuerzo para seguir con ellos. A medida que pasábamos de un lugar a otro, la gente se iba despidiendo: había que trabajar al día siguiente. Cuando llegamos al *after hours*, donde evidentemente Dionisio se sentía como en su casa, quedábamos muy pocos. Y, como en la canción de Sabina, pasaron la 1 y las 2 y las 3... Bueno hacia, las 2:30 José Olivio y yo decidimos marcharnos. No teníamos que madrugar, pero estábamos molidos. Nos despedimos y lo dejamos sentado en un taburete en el fondo de la barra, erguido y elegante, con su abrigo largo de lana. Dijo que se quedaría solo un rato.

A la mañana siguiente recibo una llamada de José Olivio. Dionisio aun no había vuelto a casa y estaba preocupado. Por supuesto, no era la primera vez que esto sucedía, pero ambos estábamos conscientes del antro donde lo habíamos dejado. Le dimos un par de horas. A mediodía aún no se sabía nada de él. Y antes de ir a los hospitales o la policía, decidimos actuar por nuestra cuenta. EE.UU. aun no se había convertido en el estado policial que es hoy y acudir a la policía no constituía un peligro. Nos juntamos, en plan detectives, para rastrear la zona. Yo lo imaginaba cortado en pedacitos y metido en una bolsa negra de plástico. O tirado en una trastienda. José Olivio no sé que imaginaba.

Hacia las 2 de la tarde nos encontramos en la Octava Avenida y, como en toda investigación, comenzamos por el último lugar dónde lo vimos. Era un día de semana normal en Nueva York. Prisas, calles atestadas, *subway* lleno de gente. Bajamos las escaleras de aquel garito esperando lo peor. Pero cuando nos acostumbremos a la penumbra, distinguimos a Dionisio en el mismo taburete, con el mismo abrigo, tan de erguido y elegante

como cuando lo dejamos... Estaba igualito, solo que habían pasado 12 horas.

Recuerdo la sensación de alivio. –Vosotros por aquí –dijo tranquilísimo–. ¿Queréis beber algo? Disimulamos, claro, inventamos alguna excusa y nos esfumamos.

La anécdota sirve para mostrar cómo el poeta se integraba, se hacía uno con los espacios sobre los que escribía. Escuchaba las historias de los personajes que vivían en aquellos mundos paralelos. Participaba en ellas. Conocía la noche en todos sus sentidos. De esas noches neoyorquinas salen algunos de sus poemas urbanos de los 70, 80, 90... Después se vino a Tomelloso. Dejó los bares. Descubrió el mundo árabe. Y Manuel Juliá, quien ha estado junto a él en esta etapa, quizás nos pueda hablar de ese capítulo en su biografía.